

RECENSIONES Y NOTICIA DE LIBROS

ARISTÓTELES: *Política*. Edición bilingüe y traducción de Julián Marías y María Araujo. Introducción y notas de Julián Marías. Clásicos Políticos. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1951.

El clásico tiene una curiosa y dual condición. Por un lado, nos es superlativamente próximo. Fragmentos y citas, exposiciones y resúmenes, excerptas y referencias a él nos rodean por doquier como un confuso rumor. Mas, de otro lado, nos es superlativamente lejano. El perfil peculiar de su vida plena se nos hurta una y otra vez, y sólo el especialista, y con corazón de tal, se le acerca; muchas veces nada más que para hacer nuevo acopio de elementos eruditos. Esto es lo que da al clásico su soledad. Ha sido separado del aire agitado y vivo que rodea al hombre corriente, y confinado en el ambiente siempre un poco enrarecido de la inmortalidad, panteón que lo rodea de impalpable ceniza. Y, sin embargo, el clásico guarda siempre tesoros—inexplorados, inéditos tesoros—para todos y cada uno: es vida que llama a la vida. Cuando nos enfrentamos con él cara a cara, sin la fallida de una exposición, no sólo se enriquece nuestra especializada inteligencia: en el gozo interviene el fondo más profundo de nuestra humanidad, sin tener que abandonar la carga rumbosa de inquietudes presentes.

Creo que no hay nada más urgente que decir, con haber mucho e importante que señalar, sobre este nuevo Aristóteles vertido en lengua castellana que hoy tenemos en las manos. El libro guarda una profunda sorpresa para todo curioso de nuestros días, por alejado que se halla de la especialidad y del rigor de la ciencia política. Los griegos, que abrieron caminos en tantas cosas, nos ofrecen, a nosotros que

llevamos tanto andado, el como virginal frescor de todas las singladuras. Modificando unas apreciaciones de Zubiri, al hilo del mito platónico de la caverna, diríamos que lo mismo que el que sale bruscamente a la luz, se mueve todavía más por el recuerdo de la oscuridad que por la claridad cegadora que le rodea; el que sale a la ciencia trae todavía prendida toda la lozania inmarchita de la experiencia vital. De aquí que la impresión que pueden causar estas obras es, como advierte Marías en su Introducción, desconcertante, porque en ellas está la vida toda en un determinado momento: referencias poéticas, anécdotas, apreciaciones singulares, consideraciones históricas, mitos. En ningún lado topamos con la sequedad doctoral ni con la frialdad dogmática. Un rico horizonte nos acompaña siempre: la vida concreta de que salió la ciencia. En nuestro caso, la vida concreta griega.

Ahora bien, sobre los griegos se ha dicho mucho, pero, aunque no quede mucho por decir, sí es necesario subrayar en lo dicho lo menos notorio. Tenemos que abandonar la racional exageración de patrón o modelo que forjó el siglo XIX y profundizar el sentido humano, trágico y complejísimo que late en el fondo de la Grecia clásica. El español está superdotado para ello, como lo muestra el libro magnífico de Antonio Tovar sobre Sócrates. Pues bien, este nutrido fondo de humanidad vivaz es lo que el lector de lengua castellana va a encontrar en la *Política*. La medida como canon de vida, el *meden agan* y el *metron ariston*,

entrañaba el saber de los factores no racionales en que se movía la misma razón; por eso era como un abrigado recogerse del hombre en sí para no incurrir en la *hybris*, el pecado que no perdonaban los dioses ni la fortuna. Esto no queda explicado suficientemente con la conocida contraposición entre lo apolíneo y lo dionisiaco, pues no es nada fuera de la razón, sino como una condición de la razón misma que le da una especie de tacto en el manejo de las cosas para no despreciar lo que las cosas tienen más allá de su perfil o esquema mental. En Platón es toda la pompa mítica y legendaria del diálogo; en Aristóteles está vertido como en otra dimensión: en esto que se ha llamado su empirismo y que, previo a todos los «ismos», es sencillamente saber de las cosas concretas, manejo de ellas, sabiduría en su sentido más original: algo que tiene que ver con el sabor de la realidad.

Nada más adecuado que la *polis* para fomentar este unitario sentido. La *polis* fué siempre, según es notorio, una comunidad de vida en que el hombre se perfeccionaba en toda su naturaleza. La *polis* por sí misma y por lo más esencial de sí misma, por la ley, conforma al hombre. No hay las dualidades, tan caras a la modernidad, entre religión y Estado, entre Estado y sociedad, entre Estado e individuo, sino la *polis* «es como un ama que os protegió y cuidó cuando jugabais, jóvenes aún, sobre un suelo mullido, sin ahorrarse ninguna de las molestias de una buena vigilante». De Atenas ha dicho Tovar que criaba a sus hijos casi intrauterinamente, y que siempre había entre ella y sus habitantes lazos oscuros de sangre. De muchas otras ciudades griegas podría decirse lo mismo, quizá en menos grado, pero con verdad. Así, la vida política tenía, por lo pronto, la indiferenciación de la vida. Hegel supo ver genialmente esto. En sus *Lecciones sobre Filosofía de la Historia Universal* nos advierte que el principio de que se debe partir para comprender la *polis* es la unidad de la voluntad subjetiva y objetiva. La voluntad del individuo que pertenece a la comunidad no está todavía separada de la voluntad objetiva. El griego no conoce la abstracción de un Estado que es esencial para nuestro intelecto. El fin es

para ellos la patria viviente: esta Atenas, esta Esparta, este templo, estos altares, estos usos y costumbres. Hegel llamó a lo anterior la belleza, no la verdad como forma de existencia política. «El elemento natural subsiste en la belleza como tal, la belleza expresa lo divino en lo sensible; y esta constitución griega, esta forma de eticidad, es así la constitución bella, en la cual lo bueno y lo justo existen como costumbre y hábito según el modo de la naturaleza, según el modo de una necesidad.»

Descontemos lo que de bella exageración pueda haber en el texto hegeliano y quedará una inconcusa verdad. Que ahora nos importa no por lo que dice de la *polis* en sí, sino por lo que va a decir del saber sobre la *polis*: de la política. Recuerdo que nada me impresionó más en la mesurada introducción de uno de los mejores conocedores ingleses del pensamiento político griego, Barker, en su *Greek political theory*, que ver cómo señala, partiendo de la indiferenciación vital de la *polis*, que la ciencia política era para el griego una trilogía: teoría del Estado, de la moral y de la ley. Esto es lo que le da su interés. Cuando este modo de vida entró en crisis, el interés que nos ofrecen las obras que se ocupan de él es superlativo, pues en ella se reflexiona sobre una coyuntura de la vida entera del hombre.

Era necesaria ya hace tiempo una edición que pusiera entre las manos del lector español no erudito, y del erudito, esta obra aristotélica en su perfil auténtico, con una excelente introducción, una traducción ajustada severamente al original y las indispensables notas. Julián Marias y María Araujo lo han realizado. Al Instituto de Estudios Políticos le cabe el alto honor de haber dirigido la empresa. Esta nota no quiere ni agotar los méritos de la obra, ni los de la edición, sino llamar la atención del lector ajeno a estos estudios sobre algo que está más allá de la edición misma, pero a lo que ésta sirve: sobre el profundo valor humano de una obra que se escribió en la segunda mitad del siglo IV, cuando la *polis* moría, y que hoy sigue conservando su encanto y su interés, a más de sus relevantes méritos científicos.—ENRIQUE GÓMEZ ARBOLEYA.

JUAN GINÉS DE SEPÚLVEDA: *Demócrates segundo o De las justas causas de la guerra contra los indios*. Edición crítica bilingüe, traducción castellana, introducción, notas e índices por Angel Losada. Madrid, Instituto Francisco de Vitoria, 1951; 158 págs.

Hace dos años, Angel Losada publicó su tesis doctoral dedicada al gran humanista de Pozoblanco, Juan Ginés de Sepúlveda a través de su "Epistolario" y nuevos documentos, y, recensionándola en esta misma REVISTA (volumen XXIX, núm. 49), hacíamos notar nosotros cómo la fama de Sepúlveda había estado oscurecida hasta muy recientemente por una torcida interpretación de sus doctrinas sobre la conquista de América, debida en parte al desconocimiento de su fundamental *Democrates secundus*, cuya publicación no fué permitida en el siglo XVI, y que ni siquiera fué incluida en la edición de la *Opera omnia sepulvediana* hecha por la Real Academia de la Historia en el siglo XVIII. Ciertamente, Menéndez y Pelayo, a fines de la pasada centuria, logró exhumar el texto, publicándolo junto con una traducción castellana, que hace pocos años se reprodujo en México. Pero este texto conocido, dejando aparte algunas incorrecciones, no podía admitirse como el verdaderamente completo, puesto que descansaba sólo en una copia sacada de un manuscrito de principios del siglo XVII. Se hacía preciso, por eso, investigar en nuestros archivos en busca de otros manuscritos que permitieran hacer una edición crítica de la obra sepulvediana.

Esta ingente labor de investigación es la que ha sido realizada con singular dedicación y fortuna por Angel Losada, que le ha permitido encontrar el texto del *Democrates secundus* en un códice de la Biblioteca Nacional, en otro de la Biblioteca del Cabildo de Toledo y, sobre todo, en un códice de la Biblioteca de Palacio, de gran valor este último, ya que es el original copiado por el amanuense de Sepúlveda, y hay en él muchas correcciones autógrafas del humanista cordobés, pudiendo reputarse como el texto definitivo.

Con estas aportaciones, Losada ha logrado efectuar una completa edición crítica de la obra, con todo rigor, estableciendo el texto auténtico, indicando variantes y consultando citas, editándolo todo de manera clara y sencilla. Además, el autor ha realizado una excelente traducción castellana, presentada en las páginas impares, paralelamente al texto latino. Además, la obra se presenta con copiosos índices: analítico, escriturístico, canónico, patristico, onomástico e ideológico, que representan una labor benedictina que agradecer a Losada. Añádase aún a esto una bien seleccionada bibliografía y doce láminas que se reproducen fotocopiadas.

Todo ello va antecedido de una introducción, en la que Angel Losada presenta un resumen de su obra inicial sobre la biografía de Sepúlveda y un estudio particular del origen y trayectoria del *Democrates secundus*, centrado en la famosa reunión de Valladolid de 1550, en la que el cordobés contendió con el P. Las Casas. Y, asimismo, figura como introducción también un estudio de don Teodoro Andrés Marcos sobre la ideología de la obra, en la que destaca los puntos fundamentales de la doctrina sepulvediana sobre la guerra justa y su aplicación a la conquista del Nuevo Mundo.

Gracias a esta importante aportación de Angel Losada, ya no será lícito que algunos autores sigan sosteniendo que Juan Ginés de Sepúlveda fué un bárbaro sostenedor de la servidumbre perpetua de los indios, sino un esforzado paladín de una tarea civilizadora que tuvo entre sus propósitos primordiales el elevar la cultura y civilidad de los indígenas cristianizados para prepararlos incluso para su participación en el gobierno político de aquellos territorios.—L. G. A.

JOSÉ M.^a GARCÍA ESCUDERO: *De Cánovas a la República*. Biblioteca del Pensamiento Actual, Ediciones Rialp, S. A.; Madrid, año 1951; 356 págs.

Estamos ante un libro que forzosamente pide comentario. De su interés da idea el propósito expuesto por el autor: «En 1875, los españoles pretendían resolver su problema político volviendo la espalda a una guerra civil; en 1936, los españoles buscábamos la salida a nuestro problema político en una guerra civil. Trato de investigar en este libro *por qué, a pesar de lo primero, sobrevino lo segundo.*» (El subrayado es mío.)

García Escudero ha hecho la anatomía de la Restauración; un análisis objetivo y lúcido, aunque no desprovisto de pasión y tendencia. ¿Cabe escribir vitalmente sin ellas sobre cuestiones políticas? La historia no es una teoría abstracta, sino el despliegue de la conducta humana. Y en toda conducta hay pasión. En fin de cuentas, la pasión no es otra cosa que el carburante con que anda por los días el hombre.

Pero no se trata de un libro polémico. Tampoco ha pretendido García Escudero trazar una biografía de Cánovas ni un cuadro histórico de la época que corre de 1875 a 1936. Y, sin embargo, nada de cuanto se afirma o niega en estas páginas surge del vacío; García Escudero anda sobre hechos, manipula experiencias, contrasta enseñanzas. Por eso da la viva impresión de lo tangible. De la Restauración nos dice: trajo «un Estado frígido a un pueblo rígido» (pág. 93). Y, al calificar el período canovista, acierta García Escudero con la palabra fijadora: «aburrió» a los españoles (página 94). Al propio Cánovas le llama (página 78) «este gran artesano» de la política. La definición es cabal. Aún la matiza más, al puntualizar que Cánovas fué «el hombre de la España de en medio». Hoy diríamos que el canovismo fué la «tercera solución»: la del compromiso a ultranza. Pero el compromiso carece de raíz propia y de apoyo en sí mismo: dura lo que el equilibrio ocasional e inestable de que surge. Como «compromisal», la política de Cánovas se desmoronó a ojos vistas de su iniciador. Cuando Cánovas cae al suelo, baleado por la mano anarquista, la víctima es la propia Restau-

ración; ya no habrá compromiso, sino guerrilla y bandería, hasta que, por fin, estalle el incendio general de la guerra civil de 1936.

Me parece, en consecuencia, muy atinado este juicio en que García Escudero traza la síntesis de lo que fué la Restauración: «dramática demostración de cómo un hombre con dotes excepcionales de gobierno puede ser vencido por un sistema equivocado» (página 81). Ese hombre era Cánovas, siempre perplejo entre los extremos; no supo osar (pág. 83). Esta cobardía de Cánovas para el riesgo la resalta García Escudero en varias coyunturas; de no haber sido por la aventura de Sagasta, en que Martínez Campos echó por el atajo de la sublevación militar, «tal vez no hubiera presenciado nunca Cánovas la entrada en Madrid de Alfonso XII» (pág. 83). Es sintomático: el hombre de la Restauración se opuso a la intención de Martínez Campos y la creyó descabellada. Así suelen ser los varones sesudos de la componenda.

En cierto modo, el Cánovas que aflora a estas páginas es menos grandioso que el que Fernández Almagro nos describe, pero me parece más concreto, más político, más en sus límites y en su ademán. Nada de un genio a lo Bismarck, ni siquiera a lo Metternich o Talleyrand. Nuestro Cánovas fué más inteligencia que voluntad, y ya se sabe que en política cuenta más la energía con ojos despiertos que la prudencia con antiparras oscuras. Porque Cánovas careció de dones de estadista grande, descuidó —de modo que hoy nos parece inexplicable— la política exterior. Cánovas emparejó a España entre sus problemas menudos, ensimismándola, en vez de alterarla y ponerla de cara al mundo. Así vino, como un mazazo, el 1898, a pesar de aquel aviso que fué el conflicto germano-español de 1885.

Se presta a mucha discusión este libro, al que nadie le regateará dos cualidades: limpidez ética y bien fundada crítica. García Escudero pone en él muy de relieve su aptitud para el ensayo político. Es exacto cuando observa la contraposición entre la opinión *creada* y la opinión *real* en los amaños

electorales con que la democracia simuló su artificio durante la época de la Restauración (pág. 42); y en todo tiempo, quizá, añadiría yo. Peca, sin embargo, de apriorismo, a mi parecer, cuando trata de derivar del carácter o manera de ser de los españoles la bascularidad política del siglo último. Las «dos Españas» se me antojan producto de un ilusionismo semejante al que nos hace ver quebrada la vara que metemos en el remanso del agua. No hay más que una España; lo que pasa es que, al mirarla dentro de la corriente de la Historia, la vemos partida. La aparente dualidad proviene de que el espectador mira desde un punto solamente. Todos los pueblos dan esa imagen dual, pues la polaridad de la conducta y del pensamiento entre el bien y el mal es una estructura esencial del hombre, que ya es, en sí mismo, ángel y monstruo. La estructura de España, a poco que calemos en sus elementos y esquema, es igual que la de cualquier otro pueblo. El extremismo —bueno o malo— es comportamiento de circunstancias. La educación y la buena racha histórica equilibran; la desgracia y la incultura descomponen. Yo no acepto la existen-

cia más que de una España única que late debajo de dos apariencias, como una es la vara que se toca a lo largo de los dos fragmentos vistos encima y debajo del agua. Lo que necesita España para ser y aparecer una es que la zahonden en futuro y no en pretérito. Hay una suerte de tradicionalismo nostálgico y cuellitorcido que no hace más que deformar, como los espejos cóncavos o convexos. La vera efigie de los pueblos es la que proyectan sobre el horizonte hacia el cual caminan. Ya está bien de mirar al ayer y al anteayer, mientras avanzamos de espaldas al mañana y no nos percatamos de la perentoria y apremiante realidad del hoy, del *cada día*. La gran enfermedad de todos los pueblos en decadencia es que viven a destiempo, fuera de lo inmediato, recordando, en vez de anhelando y proyectando.

Con estas consideraciones no quiero tachar de retrógrado a García Escudero. En su libro abundan las perspectivas *hacia adelante*. Pero si quiero advertirle de un riesgo: el de caer en esa inanidad de juzgar las épocas y las personas no por lo que fueron, sino por lo que debieron ser.—B. MOSTAZA.

RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ: *Guzmán. Elipse de una ambición de poder*. Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Dirección de Cultura; Caracas, 1950.

Ramón Díaz Sánchez, que se reveló hace pocos años como uno de los mejores novelistas de la Venezuela actual con su novela *Cumboto*, ha intentado con *Guzmán. Elipse de una ambición de poder* el difícil género de la biografía y la historia política. Para evocar un trozo significativo de la historia de su país, ha escogido dos figuras apasionantes y muy características: las de los dos Guzmanes, padre e hijo: Antonio Leocadio Guzmán y Antonio Guzmán Blanco, ambos jefes, uno tras otro, de la política venezolana durante cuarenta años. La razón de esta elección la explica Díaz Sánchez con esta frase: «Los dos Guzmanes constituyen una sugestiva elipse histórica: son dos focos de una misma ambición de poder. Ellos sirven para determinar lo que debe y lo que no debe ser la Venezuela del porvenir.» Creemos un gran acierto el haber des-

tacado a estas dos figuras del caudillismo venezolano sobre el fondo turbio y agitado de la historia política de Venezuela. Antonio Leocadio Guzmán, el caudillo que llena todo un vasto período de esa historia, era de origen español. Su padre, Antonio Guzmán, fué un soldado del rey de España, que llegó a ocupar el cargo de teniente en Caracas, y que hizo frente al coronel Simón Bolívar, el Libertador, de quien más tarde su hijo llegaría a ser secretario. Pues Antonio Leocadio, después de unos años en España como estudiante —fué discípulo en Madrid de Alberto Lista, y condiscípulos suyos fueron Espronceda, Larra y Bretón de los Herreros—, volvió a Venezuela en 1821, llena la cabeza romántica de ideas revolucionarias y emancipadoras. Considerándose venezolano, se puso al servicio de Bolívar y en pocos años, derrochando in-

genio y astucia, se convirtió en el hombre más fuerte y más temido del país, en el primer caudillo civil de la democracia venezolana, pero también en un déspota y en un dictador. Para conseguirlo, Antonio Leocadio empleó toda clase de medios, y no tuvo escrúpulos para incurrir repetidamente en la traición política y en la destrucción de los principios democráticos que le servían de bandera en su lucha por el poder, primero por lograrlo y después por mantenerlo a toda costa. Pero la vida de Antonio Leocadio Guzmán tiene su complemento y su contraste en la de su hijo, Antonio Guzmán Blanco. Por eso el autor de este libro subraya el sentido de relación temporal y moral que existe entre Guzmán padre y Guzmán hijo: «En realidad, la personalidad de Antonio Leocadio Guzmán carecería de significado dialéctico si se la separase de la de Antonio Guzmán Blanco, y, viceversa, la de éste quedaría incompleta si la de aquél no hubiese existido. Es unidas las dos en el tiempo y en el espacio históricos como realizan un esquema ejemplar del carácter venezolano. El uno, primero, y el otro, después, resumen y sintetizan la fuerza espiritual de su tiempo, y cuando la personalidad del padre hace crisis por falta de decisión para realizar en sí mismo el ciclo del caudillo integral, surge la del hijo para corregirlo y complementarlo.» Pero es, sin duda, la figura del hijo, de Guzmán Blanco, la más apasionante y

extraordinaria. Su carrera de caudillo político de Venezuela causa asombro, y con razón reconoce Díaz Sánchez que «da aureola de magia con que el sentimiento tribal de Venezuela ha investido a todos los caudillos, en el caso de Guzmán Blanco, toca extremos desconocidos». Guzmán Blanco es, en efecto, la síntesis magnificada de todas las virtudes y vicios del caudillismo venezolano. El proceso que lleva al joven Antonio Guzmán Blanco, desde la Universidad donde pasca su pálida cabeza de adolescente romántico, hasta oponerse a su padre y convertirse en el único dueño de Venezuela está admirablemente expuesto por Díaz Sánchez en este admirable volumen. Ramón Díaz Sánchez ha usado de sus condiciones de novelista auténtico para dar color y relieve al relato histórico y ha escrito una espléndida biografía de dos hombres geniales que dominaron Venezuela todo un tercio de siglo. Ha escrito el tipo de historia que no se olvida, porque es la que se basa en el relieve humano de los personajes, en el despliegue violento de sus pasiones y acciones. El grueso tomo de 600 páginas se lee por ello con creciente interés, como una apasionante novela. La lucha en que se debaten los dos Guzmanes, dueños del poder, pero cercados de enemigos, cada uno en su tiempo, cobra a veces acentos épicos a los que el autor ha sabido prestar el necesario halo de grandeza.—JOSÉ LUIS CANO.

VIRGINIA GUTIÉRREZ DE PINEDA: *Organización social de la Guajira*. Revista del Instituto Etnológico Nacional, vol. III, entrega segunda, 1948; Bogotá, 1950; 255 páginas.

El Instituto Nacional de Etnología de Colombia, que dirige don Luis Luque Gómez, se propone presentar en cada entrega de la Revista una monografía sobre la vida de algún grupo indígena, o uno de sus aspectos. No es éste el único número dedicado a la península de la Guajira; el anterior, debido a Roberto Pineda Giraldo, trataba del muy interesante tema en pueblos de mentalidad primitiva, *Aspectos de la magia en la Guajira*, y estaba precedido del estudio orientador y necesario para comprender muchos de los

hechos expuestos en estos trabajos de la geografía de la península Guajira.

Constituye este trabajo de la organización social de la Guajira como una segunda parte del anterior. Tiene por base el viaje de estudio realizado a la Guajira en 1947 por la autora, su esposo y otros tres investigadores, que hicieron sobre un mismo tema varias encuestas. No se propone un trabajo de interpretación, sino la presentación de múltiples aspectos de la vida del individuo, desde el momento de su nacimiento hasta su muerte, y el funcio-

namiento de las instituciones que rigen la vida de la sociedad.

Iniciase el volumen con el tema del nacimiento, siendo de destacar que el primer párrafo se refiere a la alegría con que siempre es esperado un nuevo individuo, ya que la importancia del grupo depende del número de varones que lo componen más aún que del estado económico. Ahora bien, en los grupos evidentemente menos numerosos, las mujeres hacen cuanto les es posible para evitar el embarazo, seguras de que sus hijos serán esclavizados y aun maltratados por los grupos fuertes, sin que la ley lo impida o lo sancione. Si, en el sentido de que los hijos varones aumentan el poder del clan, son éstos preferidos, sin embargo, no son mal acogidas las hembras, ya que por su línea se transmite el parentesco y, por lo tanto, la que aumenta con sus hijos el número de consanguíneos.

Está ligado el parto a múltiples creencias, algunas reales, pero la mayoría de aspecto mágico, y al incumplimiento de ciertas normas atribuyen el nacimiento de niños anormales o deficientes. Inmediatamente después del parto empiezan las fiestas y bailes, en los que participan las mujeres solteras y todos los hombres. La muerte del primogénito tiene graves consecuencias, y la madre ha de someterse a un régimen especial de vida, muy severo, para que no ocurra lo mismo con los otros hijos. Se completa este capítulo con la alimentación de la madre. El nombre que se impone al recién nacido es triple: el propio, sólo utilizado por la familia íntima; el sobrenombre, que es un mote, en realidad su verdadero nombre, y el nombre español, sólo empleado en actos oficiales.

El siguiente capítulo se dedica al niño desde que se vale por sí mismo, su educación, sus castigos, enumerados con mucho detalle, que son muy duros, como lo es toda su vida. Como en la vida social de la Guajira es fundamental el culto a los muertos, en él se educa al niño. Se completa con datos sobre su alimentación y vestido.

Como en todo pueblo de mentalidad primitiva, el paso de niña a mujer viene acompañado de una serie de ritos tan absurdos, desde el punto de vista biológico, como rigurosamente observados, pues de ellos creen depende el pleno y normal desarrollo. Los niños llevan

mejor vida que las niñas, y a los quince años se independizan y cuidan por su cuenta el ganado que les regalaban al nacer y labran sus tierras.

Los tratos prematrimoniales anteceden, como es lógico, al capítulo del matrimonio, el más extenso de todos, ya que puede considerarse como la base de toda la organización social de la Guajira, pues por medio del matrimonio es como el individuo se pone en contacto con otras personas que formaron la familia, con los diversos grupos que forman el clan, y por medio de éste con todo el grupo social. El matrimonio interesa indudablemente a los sistemas económicos, así como a los aspectos de la vida espiritual, y en él se fija la seguridad del grupo que forma el clan.

El hecho fundamental en el matrimonio guajiro es que supone una compra de la mujer, que ha de pagarse con ganados a su familia, hecho que tiene sus preceptos y normas estatuidos. Este pago está fundamentado en la filiación matriarcal de los hijos, siendo el hermano de la mujer el que realmente tiene la autoridad de padre, y la herencia que sólo se transmite en la línea de la madre.

Diversas facetas presenta el matrimonio de las guajiras con civilizados, según se haga con católicos o por compra. Como es natural, la poligamia presenta diversos problemas, y cada uno tiene sus normas casi fijas de relación entre las coesposas.

A partir del capítulo VII se inicia lo que podemos llamar vida social a diferencia de la familiar, que es la que hasta ahora hemos examinado. Comienza destacando que la autoridad se halla repartida entre los grupos claniles que congregan a todos los individuos del mismo apellido que poseen el mismo animal símbolo (pág. 135). Algunos mestizos, por su mejor posición económica y social, consiguen cierto dominio sobre un grupo grande, y entonces reciben el nombre de caciques. También hay caciques auténticamente guajiros, de alta categoría social, ricos, con mucho ganado y que saben hablar bien, pues en caso de «putchis» o guerras entre dos clanes ellos sirven de intermediarios. La transmisión del cacicazgo puede hacerse por herencia al hijo de la hermana o ser adquirido por méritos personales.

En la Guajira existe la esclavitud

como castigo social por violación del régimen de seguridad, y no como institución comercial o económica. Se hace esclavos a los individuos de un clan que ha ofendido a otro y no repara la ofensa pagando lo convenido; entonces hacen guerra, y los que pierden se convierten en esclavos. Ahora bien, siempre recae la esclavitud sobre los grupos débiles, pues si el de los ofensores es más numeroso y fuerte el clan ofendido siempre tendrá que conformarse con la reparación que le ofrezcan. La esclavitud crea problemas, como derechos de los esclavos, derechos de los amos, tan brutales que en cualquier momento pueden disponer de la vida de los esclavos o someterlos a castigos que son verdaderos tormentos. Ocúpase luego de la servidumbre, que es en realidad una esclavitud atenuada.

Todo lo referente a la enfermedad y la muerte cae plenamente dentro del campo de la magia, de aquí que haya sido ampliamente tratado por R. Pineda Giraldo en *Aspectos de la magia en la Guajira*, a cuyo trabajo hace su esposa frecuentes referencias. Puede esperarse la curación por medio del *piache*, a causa de su comunicación con los espíritus bienhechores; del adivino, de la medicina casera, a base de plantas y tabús preventivos, y de elementos extranjeros, como los curanderos de Sierra Nevada de Santa Marta. Se estudia a continuación la muerte, el entierro y aun el destierro al cabo de los dos años, donde vuelve a repetirse el sacrificio de animales.

Agrupándose la casta forma el clan; cada uno tiene su animal totémico, o a veces varios; pero en la actualidad no le rinden sacrificios, pues no existe la creencia de que descienden de él.

Tienen los guajiros un derecho a su modo, que rige los delitos de agresión, las penas por contagio de una enfermedad, homicidio, los deberes del informador que ayuda a mantener el régimen de seguridad social, etc. De gran importancia es la presentación de un cobro a un grupo familiar cuando ha violado el régimen de seguridad personal o colectiva de otro grupo, pues según vemos a lo largo de la lectura, toda ofensa, por grave que sea, queda solventada si se da una buena cantidad de cabezas de ganado; ahora bien, todos los trámites del cobro quedan abolidos si el grupo ofendido es más fuerte, pues

en este caso se cobra por su cuenta en la forma que mejor le parece.

Las leyes de herencia están en un momento de transformación, por el proceso de transculturación que sufren. Así, las prácticas nuevas, mezcladas con las tradicionales, hacen que el sistema sea difícil de fijar.

Se ocupa en la última parte del reparto y trabajo de la tierra. La península guajira tiene tierras de tres categorías: las que pertenecen a autoridades civiles, eclesiásticas o a blancos, que se rigen por el Código colombiano; la propiedad clanil y las tierras baldías. Las tierras son o de siembra, reducidas a pequeñas fajas en las riberas de los arroyos; sabanas de pastoreo o tierras baldías.

Existe el trabajo comunal para las obras de utilidad general o clanil, a las que acuden los hombres con sus herramientas propias. Otras obras benefician sólo a una familia, y entonces proporcionan los alimentos y mucha bebida. También existe el trabajo comunal para la mujer, como es la masticación de yuca brava o maíz para preparar la chicha. Ocúpase a continuación del pastoreo, la caza y la agricultura, en la que trabajan hombres y mujeres.

Apunta para finalizar unas conclusiones, tales como que su cultura empieza a mezclarse aun antes de la conquista, por sus relaciones con los pueblos del Magdalena y con otros indígenas, creando un verdadero mestizaje cultural, que es recíproco, por matrimonios de mestizos con guajiros; por medio de la magia, influyendo sobre los negros que habitan las costas; con el idioma, pues los comerciantes que le hablan tienen mucha más clientela, y es imprescindible que le dominen los caciques, que suelen ser mestizos. Los clanes, que funcionaban antes de un modo independiente, se relacionan hoy por medio del *status*, que tiene un valor más universal; señala luego los puntos de referencia del *status individual* de un guajiro.

Al acabar la lectura de esta bien lograda monografía, que nos muestra la vida familiar y social de esta tribu de indios, pensamos en los ratos bien desagradables que su ilustre autora ha tenido que sufrir, ya que sus costumbres son crueles, se exceden en el castigo; un estado normal en el hombre es la embriaguez, caso por cierto corriente, aunque poco explicable entre gentes que no tienen buenos vinos; solamente en las

relaciones de trabajo son casi hasta generosos. No debe dejar de señalarse la abnegada labor de los misioneros capuchinos, tratando de corregir tanta arbitrariedad y sobre todo comprando esclavitos a los que cuidan y educan.

Es lástima que la obra no tenga fotografías, tan magnífico auxiliar de las explicaciones, y que como ilustración sólo le acompañen dos mapas, uno geográfico y otro del reparto de las tierras claustrales.—N. DE HOYOS SANCHO.

HAVARD DE LA MONTAGNE: *Historia de la Democracia Cristiana. De Lamennais a Georges Bidault*. Editorial Tradicionalista, S. A.; Madrid, año 1951; 402 páginas; 35 pesetas.

El libro de Montagne pretende demostrar —y lo demuestra— que el Movimiento Republicano Popular de Francia no es un partido nuevo que las circunstancias de la «Resistencia» hicieron preciso, sino que su origen data de Lamennais. Este estudio histórico le obliga al autor a filiar y definir las distintas tendencias que el catolicismo político francés ha ido adoptando desde los tiempos de la Gran Revolución del 1789. Montagne escribe desde su rincón tradicionalista, aunque es justo reconocerle justeza en las críticas y objetividad en las opiniones.

Uno de los conceptos determinantes de este libro —por muchas razones interesantes y actual— es que la República francesa ha sido, en su historia, la demostración de una doctrina radicalmente anticatólica y que, por tanto, su aceptación por los católicos resultó un fracaso. Lamennais —el heterodoxo— «es el hombre cuya influencia hace estragos todavía a mediados del siglo XX», según el autor. Del liberalismo católico nos dice que su esencia consiste en la precaria y deleznable resolución, nada científica, de «ir con

el siglo», cuando San Pablo nos enseña, por el contrario, a abominar del siglo y sus embebecos. Por la falsa tendencia a adaptarse a la marcha de los acontecimientos —argumenta Montagne—, el liberalismo católico ha caído de la democracia hasta el comunismo. El autor trata una serie de semblanzas muy acertadas de algunos sacerdotes que, por el afán de singularizarse, se situaron en la izquierda política y fueron absorbidos por la demagogia.

Una de las perspectivas más interesantes de este ensayo histórico —en el que abunda, a veces con exceso, la polémica— es la que nos descubre las relaciones de la democracia cristiana con los diversos errores dogmáticos —liberalismo, modernismo, americanismo— que han infestado a la Iglesia católica durante los últimos ciento cincuenta años. Es un libro valiente. Montagne se alinea al lado de España en la disputa que mueven acerca de nuestra guerra civil en Francia. Igualmente, se pone Montagne de parte de Pétain y contra Bidault.—B. MOSTAZA.

LUCIO MENDIETA NÚÑEZ: *Los partidos políticos*. «Cuadernos de Sociología». Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional. México, D. F.; 126 páginas; 1947.

Llega a nosotros con cierto retraso este nuevo libro del profesor Mendieta, para dar una vez más constancia de su total dedicación a una fecunda labor en el campo de la sociología, bien manifestada ya al frente del Instituto de Investigaciones Sociales. En esta serie de ensayos que sobre temas sociológicos viene publicando, aborda

ahora el estudio de los partidos políticos. No se le oculta al señor Mendieta lo trillado del tema, y sólo trata de iluminar desde puntos de vista personales algunos de los múltiples aspectos de la cuestión, sin desconocer lo forzosamente limitado de su intento. Le basta con sistematizar este vasto mundo de problemas y conseguir así un

esquema útil para posteriores y más importantes trabajos.

Examina en el capítulo I algunas de las definiciones que se han dado del partido político, en las que, a su juicio, «se desestima el elemento *personal* del dirigente y el elemento *interés* en su sentido materialista, que es el verdadero lazo de unión en todo partido político» (pág. 13), para proponer más adelante una clasificación de éstos a partir de criterios un tanto ar-

bitrarios y formalistas. Estudia en los siguientes apartados el origen y los elementos integrantes de todo partido (programa, organización, líder, propaganda), para, en las últimas páginas, terminar señalando la influencia de los partidos en los contenidos concretos de la vida social en función de la estructuración de los elementos señalados anteriormente, sin dejar de ver cómo éstos están lógicamente determinados, a su vez, por la sociedad de que fluyen. P. BRAVO.

CARLO FRANCESCO D'AGOSTINO: *La "illusione" democristiana*. Roma. Casa Ed. L'Alleanza Italiana; año 1951; 235 págs.

La tesis central del autor de este libro polémico es que la democracia cristiana se ha pasado de punto, al aliarse con otras fuerzas que en sus postulados niegan radicalmente la verdad católica. En contraposición, d'Agostino aboga por la alianza de los católicos italianos en torno a los ideales monárquicos. ¿Qué monarquía? La de la casa de Saboya, que reinaria en Italia si no hubiera sido desposeída por las potencias extranjeras.

Se trata de instalar nuevamente la política en el campo de la ética. El retorno a la racionalidad política —puestos al margen los sentimentalismos, por desleznables y caedizos— es una exigencia de nuestro tiempo.

El libro se divide en tres partes, muy desiguales de extensión y contenido. La primera es panfletaria: una recuesta a todos los partidos de Italia, una carta a Su Santidad el Papa, una apelación a nacionalistas e internacionalistas, una plegaria a Dios. La segunda constituye el cuerpo y la sustancia del libro, que aspira a analizar y anatomizar la conducta política de la democracia cristiana. Esta segunda parte es una carta a Su Eminencia el cardenal Piazza. El

autor hace historia de su lucha, en cuanto jefe del partido Centro Político Italiano, con la realidad social y política para cristianizar el Estado. Hace a la democracia cristiana corresponsable del antifacismo en la guerra y en la catástrofe política y militar. También la culpa del ateísmo metido en el texto de la nueva Constitución de Italia, y afirma que la democracia cristiana se halla imbuida de materialismo filocomunista, etc. D'Agostino carga sobre la democracia cristiana la responsabilidad por el desbarajuste económico de Italia, y acaba remachando su pensamiento con la tesis de que el clero y la democracia cristiana impiden el verdadero renacimiento de una política católica. Termina esta segunda parte con el apremio de entregarse valerosamente a Cristo para que la hora de Dios suene en los pueblos.

En la tercera y última parte de su libro d'Agostino traza la semblanza y esquematiza el pensamiento de Don Giuseppe Canovai —sacerdote ya fallecido—, que fué el inspirador del partido Centro Político.—B. M.

GIUSEPPE VEDOVATO: *Accordi di Amministrazione Fiduciaria Internazionali*. Florencia. Università degli Studi di Firenze, Centre di Studi Coloniali, 1951: 165 páginas.

El bien conocido profesor florentino, que viene animando desde hace años la conciencia colonial italiana, dirigiendo centros y revistas que dedican

especial atención a los problemas coloniales, y que no hace mucho disertó desde la alta tribuna de la Academia de Derecho Internacional de La Haya

sobre «Los acuerdos de tutela», acaba de publicar una ordenada colección de documentos referentes a la administración fiduciaria internacional, que, en cierta manera, puede considerarse como el apéndice documental de su curso de La Haya.

En esta colección figuran todos los acuerdos de administración fiduciaria internacional hasta hoy concluidos: el del territorio de Togo, bajo administración británica; el del Camerún, también bajo administración inglesa; el del territorio de Tanganica; el de Nueva Guinea; el del territorio de Togo bajo administración francesa; el del Camerún asimismo bajo administración francesa; el del territorio de Ruanda-Urundi; el de Samoa occidental; el de las islas del Pacífico que estuvieran bajo mandato japonés (consideradas como zona estratégica y colocadas bajo la tutela de los Estados Unidos); el del territorio de Nauru, y, finalmente, con particular importancia, se reproducen en esta obra no sólo el texto del acuerdo de administración fiduciaria para el territorio de la antigua Somalia italiana, aprobado por la Asamblea General de las Naciones Unidas

en su sesión plenaria de 2 de diciembre de 1950, sino, además, en columnas paralelas, los textos de los proyectos italiano y filipino y de la propuesta presentada por la República Dominicana.

Por último, figuran como apéndices varios textos internacionales, como son: el art. 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones; los capítulos XII y XIII de la Carta de las Naciones Unidas; el Convenio sobre privilegios e inmunidades de las Naciones Unidas; el Reglamento del Consejo de Administración fiduciaria; el art. 23 y el anexo XI del Tratado de Paz entre las potencias aliadas y asociadas e Italia, y algunos otros documentos emanados de las Naciones Unidas con referencia al tema.

La obra es así una recopilación muy útil. Pero acaso no hubiera estado de más que el autor hubiera acompañado a los textos (que se publican en su lengua original, la francesa) con algún amplio estudio introductorio o, mejor, con un comentario que antecediera a cada uno de los acuerdos, tarea para la cual el profesor Vedovato se halla singularmente capacitado.—L. G. A.

SUZANNE FRERE CHARLES BETTELHEIM: *Une ville française moyenne, Auxerre en 1950. Etude de structure sociale et urbaine.* Paris, 1950; 270 págs.

Se trata de una investigación sociológica hecha con arreglo al habitual método estadístico. Un complejo sistema de encuestas que permite obtener los datos necesarios sirve de base a las reducciones numéricas que van presentando en tantos por cientos las relaciones entre los diversos grupos. Dentro de este sistema, lo más dificultoso son, desde luego, las categorías previas, con las que el sociólogo se acerca a la realidad social, y el sistema de articulación de esas categorías, ya que tanto aquél como éstas son apriorísticos y dependen del punto de vista del investigador. No obstante, existe actualmente una metodología casi internacional que permite aplicar categorías que la experiencia parece que ha acreditado como buenas para esta clase de investigaciones. Sin embargo, en ninguna de estas obras falta una previa explicación del método que se sigue y

el sistema con arreglo al cual hay que usar e interpretar las encuestas.

Los sectores de investigación de este libro se dividen en tres grandes grupos, a saber: los fundamentos de la vida urbana, la vida familiar y la vida pública. Para que el lector se haga una idea de cómo proceden los autores daré una idea del dedicado a la vida familiar. Comienza con un capítulo referente al matrimonio que se divide en dos partes, «La iniciación en la vida matrimonial» y «La mujer casada y la profesión». El capítulo II se refiere a «La vida en las casas», y el capítulo III a la «Educación e instrucción», analizando los centros de enseñanza, la instrucción de adultos y la educación de los niños. El capítulo IV, con el que concluye esta parte, se dedica a «Las distracciones»: el cine, el teatro, la música, artes, deportes, vida en sociedad, etc.

El libro está hecho con gran minuciosidad y explica tanto como pudiere explicar cualquiera otro de los realizados con el mismo método, que en el fondo no trasciende lo puramente cuantitativo y accesorio, pero ofrece la base documental para poder inducir algunas generalidades que no ilustran

mucho más de lo que cuando comienza la lectura del libro el lector suponía. Entiéndase, no obstante, que este juicio va contra el método, que nos parece insatisfactorio, y no contra los autores, que han hecho un esfuerzo estimable y una investigación seria.— E. T. G.

ALEXANDER GRAY: *The Socialist Tradition. Moses to Lenin*. Longmans, Green and Company: Londres, Nueva York, Toronto.

No cabe duda que para entender lo que ocurre actualmente en la vida política de los pueblos es necesario tener presente ese gran trozo del pensamiento moderno —dejando aparte los remotos antecedentes mosaicos o platónicos— que en conjunto llamamos doctrinas socialistas. Frente a frente están el mundo capitalista —matizado, ciertamente, desde el laborismo inglés al individualismo norteamericano— y el mundo del socialismo científico, del marxismo. Porque no se trata de meras doctrinas, sino de ideas operantes, vigentes en la sociedad. Y es lo curioso que la lección del libro de Gray está en gran parte en la demostración de que el pensamiento socialista ha ido forjándose de utopías, de rápidos análisis de la realidad social, de pretendidas doctrinas «científicas», como, por ejemplo, la tan traída y llevada del «valor» en C. Marx, que nadie, dice literalmente el autor, sabe en qué consiste. El autor, senescente ya —son sus palabras—, oportunista, se adivina inteligente, armado de todas las armas de un buen intelectual, sabe —y lo dice— que la historia se hace con *ira et studio*: le interesan más, confiesa, los disidentes, rebeldes y profetas del socialismo que la patética tradición marxista y el propio Marx. Le es antipático Rousseau, y se encuentra a gusto con Saint Simon y con Fourier. Pero no crea el lector que haya un adarme de arbitrariedad en los juicios del autor sobre estos o aquellos pensadores. Paso a paso, apoyado en las

mejores fuentes, tenso siempre el espíritu para lograr la más clara comprensión, el autor nos marca en elegante prosa, un poco académica acaso, a veces no sin dejos de ironía, la gran historia del pensamiento socialista. Gray piensa, como resumen de su peregrinar por las doctrinas, que el socialismo es asunto moral y no científico, lo cual, con ser una verdad de Perogrullo, no está mal decirlo en un mundo de gentes distraídas.

Es muy interesante el capítulo dedicado a los precursores ingleses de Marx —Spence, Ogilvie, Hall, Thompson, Bray, Nodgskin—, tan poco conocidos. Llenos de ardor polémico y excitante pasión —por la proximidad de los antagonistas— los dedicados al sindicalismo y al *Guild Socialism*. Son verdaderas joyas expositivas los capítulos en que se resumen las doctrinas de Saint-Simon y los saintsimonianos y de Charles Fourier. «¿Dónde están hoy los Saint-Simon y los Fourier?», pregunta en el *Postfacio*. «La raza de los excéntricos, la sal de la tierra, ha desaparecido», añade. Y confiesa: «La gran necesidad de la hora presente es de un profeta del liberalismo, no porque el liberalismo, como tampoco cualquier otro credo con un *minimum* de sostenibilidad, sea un depósito de saber y de verdad, sino precisamente porque el liberalismo, en tanto que defiende el valor preeminente de la dignidad humana, es un ingrediente esencial a cualquier punto de vista sensato.»—M. C.

HENRI FRANKFORT: *Kingship and the Gods (A Study of Ancient Near Eastern Religion as the Integration of Society and Nature)*. The University of Chicago Press. Chicago, 1948; XXIII-444 págs.

Frankfort, en las doce páginas de la Introducción a su importante libro, ofrece una síntesis del tema —anunciado en el subtítulo de la obra— que se propone desarrollar. Sus primeras palabras son para decir: «The Ancient Near East considered Kingship the very basis of civilization.» Y así, pues, analiza de un modo cuidadoso lo que la realeza ha representado para la civilización de Egipto y Mesopotamia, dedicando un Epílogo de breves páginas al pueblo hebreo.

Provisto Frankfort de todos los elementos que estos pueblos han transmitido a la Historia —monumentos artísticos, tradiciones escritas—, se dedica a establecer una serie de comparaciones para mejor distinguir los diferentes caracteres y llegar a más acertadas conclusiones. Uno de los muchos ejemplos que se podrían citar es el del distinto modo de cazar entre los reyes de Egipto y de Mesopotamia —que es un medio para Frankfort de definir el concepto de la realeza, cotejando las estelas de Assurnasirpal y las de Ramsés II, en Abu Simbel.

Quiere Frankfort estudiar la realeza en todas sus manifestaciones: ceremonias, sucesión, coronación, los dioses y su relación —junto con los poderes divinos— con la naturaleza: «The power in the sun (creation), the power in the earth (resurrection) and the power in that class of animals which formed early man's most precious possession-cattle (procreation).»

El concepto que Egipto tiene de la realeza es completamente divino. Es decir, no es que el Faraón tenga o gobierne a su pueblo por derecho divino, sino que el Faraón más que un hombre es un dios. «Titles, functions, and festivals proclaim the divinity of Pharaoh» (pág. 143). Pero hay en todo esto como una imposición de la naturaleza de Egipto, con su serenidad imperturbable, su ritmo inalterable, obedeciendo como a unas leyes matemáticas que borran en los hombres todo dinamismo, toda movilidad, y los sumergen en una atmósfera de rigidez, los atan a ese hieratismo que les es tan peculiar. Los hombres deben someter-

se a la naturaleza, estar en armonía con ella. «The King is a god who establishes a harmony between society and nature.» Y en este sentido, para mantener las buenas relaciones con la naturaleza, los egipcios adoran a su Faraón, al cual han investido con todos los atributos y símbolos, todas esas pequeñas supersticiones que responden a la necesidad de ver inalterablemente uniformes las manifestaciones de la naturaleza. Y es preciso comprender que más que un respeto a lo humano, más que una devoción a lo divino, hay un miedo a la naturaleza. La ignorancia tiene al hombre atado a la misma.

Por el contrario, en Mesopotamia todo sucede de distinta manera. «The amorphous character of their land conspired with the deficiencies of their political institutions to impede the unity of the people of Mesopotamia.» No sólo conspira la naturaleza contra la unidad, sino también contra ese estatismo de los egipcios. El rey de Mesopotamia no está cerca de los dioses, como el Faraón, sino que está junto a los hombres. «The Mesopotamian King in contrast with Pharaoh, was not essentially different from men.» Es dinámico y está en posesión de una vitalidad completamente humana.

Y, finalmente, en las páginas que dedica a los hebreos, se ve cómo el concepto de la realeza ha sufrido una variación tan sensible que apenas tiene una relación con las anteriores. «God was not in sun and stars, rain and wind; they were his creatures and served him.» Sí, vienen entonces una serie de preocupaciones de tipo moral, un cuidado por el espíritu, una atención al hombre, que también se ve tantas veces cargado de supersticiones respecto a su alma como los egipcios respecto a la naturaleza. «In Hebrew religion —and in Hebrew religion alone— the ancient bond between man and nature was destroyed.»

No está sólo el mérito de Frankfort en sus análisis, de un cuidado exquisito, sino en la belleza de sus descripciones, en la categoría del tema, en la justeza de sus conclusiones.—CARMEN LLORCA VILAPLANA.

FOSTER HAILEY: *Half of one world*. The Mac Millan Company. New York, 1950; 201 págs.

Foster Hailey tuvo conocimiento personal y directo de los acontecimientos desarrollados en el Pacífico como consecuencia del ataque aéreo a Pearl Harbor y la subsiguiente declaración de guerra entre el Japón y los Estados Unidos, por haber recorrido durante dos años la mayor parte de tan vasto escenario de guerra como corresponsal del *New York Times*. Posteriormente viajó durante seis meses por ocho países del Extremo Oriente, ampliando de este modo su información con las impresiones recogidas en el período de post-guerra.

El libro se abre con una primera parte dedicada a examinar el cambio sufrido por los pueblos asiáticos como consecuencia de la segunda guerra mundial, que ha determinado en ellos una alteración profunda de su situación política. De un lado, el Japón, el más poderoso de los países de Extremo Oriente, ha venido a ser un vencido, sometido al régimen de ocupación, bien que razones de política de seguridad en aquel continente han movido a los Estados Unidos a proteger su rehabilitación, y aun su fortalecimiento, sobre la base de la reeducación política. De otro, China, Indochina, Indonesia, Corea, ofrecen como común característica una fuerte tendencia nacionalista, que ha sido el impulso que ha alimentado los diferentes movimientos hacia el autogobierno. Las experiencias que a este respecto suministró el período de ocupación japonés, así como el prestigio del hombre blanco y de su sistema de educación en la generalidad de los países orientales, son los factores psicológicos más importantes que han conducido a la modificación del cuadro político asiático que Foster Hailey nos describe.

Primeramente se ocupa del Japón y de China, poniendo de relieve en la parte dedicada a esta última el contraste entre la desastrosa política de Chiang y el carácter nacionalista del comunismo de Mao, hacia el que se va la simpatía del autor. El nacionalismo nominalista de la China del general

Chiang envolvía en la política dedicada a la consolidación de su propio poder y al enriquecimiento de su familia a expensas del pueblo chino; grave error, que le llevó a desperdiciar las oportunidades brindadas a su bandera nacionalista por los períodos de la guerra contra el Japón y la que el imperio nipón hubo luego de sostener contra los occidentales.

Pasa luego a considerar la situación de Indochina e Indonesia, haciéndose eco de la tendencia anticolonialista norteamericana, que le conduce a condenar los regímenes mantenidos por los países europeos en las zonas de su respectiva influencia y explicar las corrientes de independencia que han dado lugar a guerras tan duras como la que se registra en la península indochina. A diferencia de esos sistemas coloniales, el autor destaca la habilidad política de Inglaterra estableciendo gobiernos de cierta autonomía y conservando para su escuadra las importantes bases del Pacífico. Y, sobre todo, Foster Hailey pone de relieve la política seguida por Estados Unidos con respecto a Filipinas como el primer ejemplo dado en la historia de un pueblo de raza blanca que concede voluntariamente la independencia a otro mucho más pequeño y débil y le ayuda en su reconstrucción.

La tendencia anticolonialista de los Estados Unidos, que ve en la vida independiente de los pueblos asiáticos un campo propicio a la aplicación de su gran poderío industrial y comercial, tiene en Foster Hailey un fiel representante. Cree así el autor del libro que nos ocupa en la posibilidad de un maridaje entre el Oriente y el Occidente que conduzca a una nueva civilización, erencia que, unida a su fe en las cualidades de antídoto que posee el nacionalismo de aquellos países para con la expansión comunista en Asia, le permite considerar de manera ingenuamente optimista el futuro del continente amarillo.—FERNANDO MURILLO RUBERA.

T. K. DERRY y T. L. JARMAN: *The European World 1670-1945*. Bell & Sons, Ltd. London, 1950; 452 págs

Este libro es un compendio de la historia europea de los últimos cien años. Dividido en cuatro partes, se inicia la primera con la exposición del cuadro de problemas con que se enfrentaban los diferentes países europeos en la década anterior a la guerra franco-prusiana, en la que la batalla de Sedán es considerada por los autores como el punto de partida para el estudio de los tiempos modernos.

La segunda recoge la situación presentada por Europa en los años precedentes a la primera guerra mundial, de la que pasan a ocuparse en la tercera parte, así como del período de la post-guerra, estudiando la política interna de las potencias europeas hasta los años que precludían la segunda guerra mundial.

La última parte del libro se ocupa de los movimientos nacionalistas y dictatoriales registrados en Europa, relata los acontecimientos de la segunda

guerra mundial y concluye con un epílogo titulado «Victoria sin paz».

No se trata de una simple exposición de los acontecimientos políticos europeos, sino que, como aspiración de ser un compendio de toda la historia europea, estudia también la evolución de las ideas en el mundo científico y literario.

Todo explica la brevedad con que son tratados temas que requerirían más amplia exposición. Pero, atendida la condición de compendio, esto no resta nada de su valor y utilidad.

Es de destacar la objetividad de los autores al ocuparse de determinados acontecimientos históricos, objetividad a la que no nos tienen acostumbrados los autores de lengua inglesa. Sirva de ejemplo la exposición de la situación política española que dió lugar al advenimiento de la Dictadura del general Primo de Rivera (pág. 340) o de la misma guerra civil de la que ha nacido el actual régimen español.—FERNANDO MURILLO RUBIERA.

KARL MUHS: *Geschichte des abendländischen Geistes*. Duncker und Humblot. Berlín-Muenchen, 1950.

El final de una guerra es siempre clima apropiado para grandes síntesis históricas, quizá porque el hombre, cuando se encuentra perdido radicalmente, tiene que reconstruir primero no lo más próximo, sino lo más lejano: el horizonte. La descripción de un horizonte siempre implica la disposición respectiva de las partes, su ordenación y ponderación mutuas; trabajos todos ellos que se centran en una palabra: valoración. Pero lo peculiar del hombre occidental es que cualquiera de sus valoraciones no nace en el vacío, sino tiene que abrirse hueco y determinar su genealogía respecto a valoraciones pasadas. Así lo realiza el ambicioso libro de Muhs que hoy comentamos. En un primer capítulo dedicado a la «Estructura y movimiento de la historia del espíritu», pasa revista a las distintas concepciones de rama tan encumbrada de la Historia, concepciones que van desde He-

gel a Scheler, para decidirse por la posición de éste. Ni en la Historia domina el espíritu puro ni sólo los factores reales. El espíritu actúa dirigiendo y controlando estos factores reales, pero, a su vez, la realidad define la órbita en que el espíritu decide. La razón, como necesidad lógica, y la libertad, como acto creador, están en una simbiosis cuyo grado de perfección define «la felicidad y desgracia de los hombres, la verdad o error de su empeño, la grandeza o decadencia de pueblos y culturas» (pág. 77).

Con estos principios, más aludidos que desarrollados, comienza la obra. En ella hay que marcar, inicialmente, una falta: la ausencia de la aportación de los pueblos clásicos y Edad Media a Occidente. Respecto al medioevo, sólo escasas e imprecisas páginas cumplen este papel. El libro es mucho más exacto y fecundo cuando comienza a describir el proceso del mundo occiden-

tal en la época moderna. Este se caracteriza por la aparición de una fuerza histórica independiente de la Iglesia y soberana: el Estado. «El Estado proclama la primacía de sí mismo» (página 96). «El carácter autónomo del Estado constituye el fundamento de toda la evolución posterior de la cultura moderna» (pág. 103). En primer lugar, la afirmación del individuo. Estado e individuo se desarrollan de consuno. El mundo entero pierde su carácter religioso. «Desde hace siglos, el mundo moderno se halla en una permanente crisis religiosa» (pág. 104). A su vez, la libertad de conciencia produce la libertad espiritual. La libertad espiritual engendra por un lado crítica y duda: racionalismo. Por otro, desarrollo de la ciencia: tecnicismo. Como consecuencia de todo ello, la población del mundo aumenta. Al individualismo de los primeros siglos sustituye un individualismo de grupos que pretenden funciones económicas y sociales. El Estado se ve abocado, como

la cultura toda, a una reorganización radical.

Tal esquema no es nuevo. Pero la obra tiene, a pesar de ello, méritos considerables. Quizá el mayor haber conjugado, sin gran originalidad, pero con riqueza de perspectiva, los diversos factores de la historia espiritual de Europa. El autor, versado en economía, da mucha importancia, dentro de ellos, a los hechos y doctrinas económicas. Son por eso muy ricos de sugerencias y datos los capítulos dedicados al mercantilismo y a los fisiócratas. El primer tomo termina ocupándose de la declaración de derechos del hombre y del ciudadano. La parte más interesante de la historia del espíritu occidental: el siglo XIX y nuestro tiempo, queda sin tratar. Esperemos que en ella el autor muestre igual maestría para enhebrar los diversos hilos y para que resulte un rico, abigarrado y preciso cuadro histórico.—
E. G. A.

ARNOLD GEHLEN: *Des Mensch Seine Natur und seine Stellung in der Welt*. Athenäum Verlag, Bonn, 1950: 4.ª edición.

El célebre libro de Arnold Gehlen *El hombre, su naturaleza y posición en el mundo*, ha alcanzado el año pasado su cuarta edición. Hace tiempo agotado, reaparece hoy intacto en sus tesis fundamentales, pero enriquecido en el estudio de las nuevas aportaciones de biólogos como Portmann, Broom, etc.; de antropólogos como G. H. Mead, Guillaume, Kainz, etc., y ampliado con un último capítulo sobre algunos problemas del espíritu que muestra las recientes preocupaciones de su autor por la sociología, sobre todo en su rama especial de sociología de la cultura. De este modo la obra, como un conjunto vivo, conserva su estructura fundamental a través de las diferencias accidentales. Y sin duda sigue siendo la más importante de antropología aparecida en lengua alemana en los últimos diez años, y una de las decisivas de toda la moderna bibliografía sobre la materia.

Gehlen empieza aplicando a su obra su propio punto de vista. La necesidad, nos dice, que siente todo hombre

reflexivo de interpretar su existencia no es una pura necesidad teórica. Arranca de la raíz más honda del ser del hombre. Este es un ser vivo a cuyas propiedades más importantes pertenece el tener que tomar posición respecto a sí y, con ello, respecto al todo de lo que hay. El hombre es un ser que se halla colocado, aun a pesar suyo, delante de una tarea que se le ofrece, pero que no se soluciona con la mera existencia. Es un ser no terminado. Lo cual significa dos cosas: en primer lugar, que no está claro lo que es propiamente; en segundo, su ser está abierto y capaz de desarrollo, no sólidamente concluso. De aquí el planteamiento del problema. Y aquí también su solución. Pues el hombre nos ofrece una tan plural multiplicidad de elementos que para interpretarlo concreta y precisamente en el camino seguro de la ciencia necesitamos la ayuda de muchas disciplinas. Esta ayuda no nos servirá sino para considerar más agudamente la unidad del ser humano. A la luz de ello, afirmaremos

como punto central nuestro propio punto de partida problemático, a saber: el hombre es aquel ser incomprendible al que faltan todas las condiciones del animal y al que se le ofrece como tarea el simple hecho de conservar su vida. Entonces todos los detalles se iluminarán: la intimidad humana, los pensamientos, el lenguaje, la fantasía, las tendencias capaces de conformación, su motilidad peculiar y, con ello, una estructura propia de funciones y hasta una determinada constitución corporal. Todo se hará claro. La naturaleza ha intentado crear en el hombre un nuevo principio organizador. El hombre es un ser que actúa. Por ello dispone de sus propias facultades y capacidades para poder existir. Se conduce consigo mismo como no lo hace ningún animal: no vive, sino dirige su vida. Y la dirige porque su misma corporalidad anatómica postula la inteligencia, y ésta, por tanto, se trasfunde en todo el cuerpo. Las funciones vegetativas, sensoras y motoras del hombre, dice bellamente el autor, trabajan claramente de un modo mucho más espiritual que el idealismo puede suponer y que el materialismo quiere aceptar.

Pero lo más valioso del libro no son estos pensamientos claves, que una y otra vez aparecen, con una reiteración muy germana, que a veces perjudica la línea concreta de la exposición. Lo excepcional de la obra que tratamos es el examen detallado de algunos aspectos del hombre, hechos con un notable y laudable deseo de no separarse de la realidad y de ser fiel a la ciencia positiva del momento.

Para ello empieza por considerar la posición morfológica especial del hombre. El autor se encuentra en ello muy cerca de la tesis del célebre biólogo Bolk (conocida en el mundo de lengua española por la traducción de un trabajo suyo, «La "humanización" del hombre», en la *Revista de Occidente*). Según este autor, el principio estructural de la morfolología humana es la retardación. Por eso, para Bolk, los rasgos morfológicos específicamente humanos son situaciones fetales hechas permanentes. De acuerdo con él, aunque divergiendo en mucho, Gehlen ve la peculiaridad morfológica de muchos órganos humanos en su falta de especialización, lo que les permite una mayor riqueza de posibilidades; y a esta

luz realiza una síntesis, original y afortunadísima, de los resultados obtenidos respecto a la mano, a la boca, a la retardación y duración de la vida sexual, etc., que le sirve de base para una crítica de la teoría de la evolución, tal como la concibe el darwinismo. Con ello están dados los supuestos para la segunda parte, en extensión y en interés, la más importante de todo el libro: «Percepción, movimiento y lenguaje». Estructura orgánica especializada y medio son conceptos que se presuponen mutuamente. Puesto que el hombre es inespecializado, ocupa frente a su entorno una posición peculiar. Esta posición es, en primer término, de carga o pesadumbre. La inespecialización física del hombre, su falta de medio adecuado, la ausencia de auténticos instintos constituye un conjunto de causas que originan la apertura al mundo. Con ello el hombre está bajo un torrente de estímulos. Tiene que organizar su campo sensorial. Por sus propios medios y por su propia acción debe el hombre descargarse, esto es, debe transformar las condiciones defectuosas de su existencia para poder persistir. Lo cual no sólo hace que el hombre no pueda vivir en la pura naturaleza, que sea un ser cultural, sino incluso que el mundo que se le ofrece con sólo abrir los ojos y adelantar la mano sea un mundo muy elaborado por él, simbolizado, agrupado alrededor de centros de gran fuerza significativa. Y lo mismo que la peculiar condición humana determina la percepción, también el movimiento. El hombre posee una escala indefinida de movimientos y su movilidad se configura de acuerdo con la realidad, mediante una labor humana, en movimientos comunicativos que el autor estudia detenidamente. Así el hombre va tomando posesión de sí y del mundo. Enlazado con ello está el lenguaje, respecto al cual Gehlen desarrolla morosamente una teoría biológica co-motriz del mayor interés.

Todo lo anterior hace, y así entramos en la tercera parte, que el hombre, ser casi sin instintos, tenga que crear sus hábitos. Debido a sus faltas de disposiciones fijas, el hombre vive problemáticamente en el futuro. Es el animal, para usar una preciosa cita de Hobbes, a quien el hambre futura produce ya hambre. Sus tendencias e impulsos tienen que funcionar en dirección a la acción y previsión. Si los impulsos del

hombre fueran poderes inmediatos, si sólo persiguiera lo que percibiera, si se agotasen en el círculo de la situación actual, el hombre parecería. Las tendencias elementales deben ser ampliadas para comprender los medios e incluso los medios de estos medios, esto es, debe ser objetivas, inteligentes. Tienen que ser estables, flexibles y dominadas. Todo ello nos lleva otra vez a la acción. La acción es la clave para comprender todo el ser del hombre.

Los dos ejes fundamentales del libro son así: el hombre como ser interminado y el hombre como activo. Con ello se llega hasta los estratos más superiores, incluso al espíritu, si bien el autor cree que para examinar los problemas concretos de éste, tenemos que superar la abstracción de un hombre individual que actúa, y considerar las fuerzas sociológicas.

Con ello termina el libro. Y aunque una valoración crítica de éste exigiría un espacio que aquí no disponemos, cabe por lo menos señalar los dos interrogantes que, espontáneamente y sin ningún rigor plantea el libro mismo a cualquier lector atento. Estos dos interrogantes son: ¿Ha agotado Gehlen, aunque sea biológicamente, el hombre? ¿Constituye éste, mirado en sí mismo, un ser no terminado? Las dos preguntas tienen más conexión de lo que a primera vista parece. Pues precisamente la parte de la biología que Gehlen no trata es la que le lleva a esta última errónea idea. Causa asombro no encontrar a lo largo de todo un libro que aspira a ser biología del ser humano, no sólo un tratamiento suficiente del sistema nervioso, sino siquiera elemental. Si esto, que es inexcusable, se hubiera hecho, ¿podría haberse calificado el ser

humano como inacabado? ¿No se aplica esta categoría, sobre el supuesto, de ningún modo comprobado, que el animal es lo biológicamente concluso? Con lo cual se juega con el equívoco de imperfección que siempre lleva lo no terminado. Este equívoco determina la dirección entera del libro. De lo interminado se predice la acción de terminarse, de concluirse. Con lo cual, cuando llega a la inteligencia, Gehlen, quiera que no, topa con el pragmatismo y se entrega a sus evidentes halagos. Pero todo ello se hubiera evitado si hubiera modificado mínima, pero decisivamente, algún punto del libro. Comprendiendo la organización neurológica del hombre, como la más perfecta y por ello la que exige y posibilita un principio superior, la versión hacia la realidad, la inteligencia como versión a la realidad. Entonces el hombre tendría en esa tarea que posee, en todos esos factores perceptivos y motores, en esa falta de instinto, etc., algo más que los medios de suplir una deficiencia orgánica. Los medios para desejar la impresión de realidad, para organizar la realidad, para ser. El hombre, siendo el ser más íntimo, el ser más propio, sería el ser transcendente. El pragmatismo no nos rondaría. Y se podría haber hablado de un concepto que falta también en el libro: de la noción de persona.

Desde una antropología más profunda (en lo anterior va algo de lo que nos enseña el genial español X. Zubiri) se podría haber hecho más exacto mucho de lo contenido en el libro. Que, repetimos, y a pesar de ello, es el más importante de antropología aparecido en los últimos años en Alemania y uno de los más sugeridores de toda la bibliografía actual sobre la materia.

E. G. A.

VITAL GAWRONSKY: *Staatsgewalt und Volkswohl Fahrt*. A. Francke Verlag Bern. 1950; 103 págs.

El subtítulo de este libro, *¿Qué puede esperar el pueblo trabajador de la economía dirigida?*, sugiere con bastante claridad cuál es el supuesto básico de la obra. Se trata en el fondo de averiguar hasta qué punto la felicidad del pueblo y el poder del Estado se pueden conciliar desde el punto de vista económico. El problema, como dice

el autor, es quizá el fundamental de nuestro tiempo, en el que propendemos a ver todo desde una perspectiva económica. En el transcurso de las ciento y pico páginas que constituyen el volumen se plantean y discuten multitud de cuestiones desde un punto de vista sintético claro y penetrante. La

obra ha sido pensada tanto desde un punto de vista económico como desde un punto de vista político, y la armonización de las dos perspectivas constituye su mayor mérito. Sin decir nada nuevo, expone sucintamente proble-

mas fundamentales tales como socialización, relaciones entre democracia y burocracia, riqueza y seguridad, austeridad económica, etc. El libro es digno, sin duda, de que se lea y difunda. E. T. G.

GEORG STADTMÜLLER: *Geschichte des Völker Rechts*. Hannover, 1951; 219 págs.

Esta primera parte de la historia del Derecho internacional del Profesor Stadtmüller, que comprende hasta el Congreso de Viena, ofrece un excelente resumen histórico de las relaciones jurídicas internacionales y de su superestructura teórica desde los pueblos orientales hasta 1815, fecha del Congreso citado. El carácter peculiar de este libro lo expresa su propio autor en el prólogo subrayando que se echaba de menos una historia del Derecho internacional escrita por un historiador y no por un jurista. Los juristas habían escrito historias del Derecho mirando casi con exclusividad desde la perspectiva jurídica, y esto había desequilibrado la relación que debiera existir entre los dos términos, lo histórico y lo jurídico. Con este propósito, es decir, con el de conceder al punto de vista histórico lo que de suyo merece, escribe el autor este utilísimo resumen.

Cada uno de los capítulos que se extienden desde la India hasta las guerras napoleónicas, pasando por el antiguo Oriente, Israel, Cartago, Grecia, etc...

sin olvidar el mundo árabe, va precedido de una bibliografía concisa pero selecta. Refiriéndonos concretamente al Siglo de Oro español, debemos resaltar que los autores elegidos demuestran un gran acierto en la elección. El contenido del capítulo es conciso, claro y exacto. En general es un acierto del libro que conceda un puesto de preferencia a los tratadistas españoles, no ya como precursores de Grocio, sino como auténticos internacionalistas, y exprese con acierto y rigor hechos históricos que dieron origen a las distintas posiciones teóricas.

En la introducción menciona el Profesor Stadtmüller los tratadistas de que se ha servido con preferencia, citando como aquellas que le han servido de base para trazar las líneas fundamentales de su especulación a James Brown Scott, Rudolf Laun, Louis Le Four, Antonio Truyol y Serra y Alfred Verdross. En efecto, la mención del profesor español D. Antonio Truyol y Serra es frecuentísima en diversas partes del libro. E. T. G.

ALBERT HARTMANN: *Die Sittliche Ordnung der Völkergemeinschaft. Internationale Soziale Studienvereinigung*. Winfried-Werk. Augsburg. 1950; 171 págs.

El padre Albert Hartmann, S. J., ha recogido las conclusiones de las reuniones sobre estudios internacionales habidas en 1920, bajo la presidencia del cardenal Mercier, y reelaboradas las ofrece ahora en público con un prólogo del señor obispo Alois J. Muench. Consiste el libro en resumen en una serie de proposiciones presentadas, *more scolastico*, por párrafo, que comprenden un total de 160, divididos y subdivididos en una serie

de cuestiones que afectan al Derecho internacional y su fundamentación. El libro tiene el valor de ser un resumen de manejo fácil del pensamiento católico acerca de la materia.

Termina la obra, como es habitual en esta clase de estudios, con un apéndice relativo a la doctrina del papa Pío XII sobre el orden moral en la vida internacional y el mensaje de Navidad de 1948.—E. T. G.

EUGEN LEMBERG: *Osteuropa und die Sowjetunion*. Curt E. Schwab, Stuttgart, 1950; 256 páginas.

El libro de Eugen Lemberg es una magnífica síntesis de las relaciones existentes entre la Unión Soviética y el complejo mundo político, cultural, étnico, religioso, que en términos generales denominamos «Osteuropa». Temas tan sugerentes como la expansión alemana por la Europa oriental, las características sociológicas de este amplio espacio social y político, los problemas de la nacionalidad y de sus formas de occidentalización, integran con otros muchos la parte introductoria. A continuación, una breve historia de Rusia, excelente síntesis espiritual que

acaba con el tema de la tercera Roma, y a continuación páginas densas dedicadas a la conversión de Rusia hacia Europa, al nacimiento y desarrollo de los pueblos euroorientales y, por último, la revolución rusa, con lo que se agotan las partes segunda hasta la sexta inclusive. La séptima y octava se refieren a la estructura social y política del socialismo revolucionario, y la última al problema del stalinismo. Una bibliografía escogida y sugerente en extremo perfecciona este interesante libro. E. T. G.